

menta se transformó. Cierto es que calló el viento. Pero una lluvia atroz, fría y negruzca comenzó a derramar sus inagotables torrentes; la tierra, al recibirla, exhalaba vapores pestilentes; y el choque del granizo y de la escarcha, junto con el estrépito de las aguas que guardaban el pie de aquellos muros monstruosos, ponía notas tétricas en la noche.

—¿Llegamos ya?—preguntó el aniquilado La Candeur al propio tiempo que Vladimir se declaraba encantado de la ducha.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—gritó Rouletabille—. Cuando estés dentro, siempre preguntarás cuándo salimos...

Probablemente les habían visto desde el castillo, porque no necesitaron llamar. Al acercarse bajó un enorme puente levadizo, sobre el cual transpusieron el abismo. Luego se levantó tirado por sus cadenas, y pegóse con un ruido sordo a la puerta del Castillo Negro, que había engullido a los viajeros...

CAPITULO VIII

EL CASTILLO NEGRO

QUIEREN cambiarse de ropa los señores?... ¡La verdad es que han tenido mal tiempo!...

Con esas hospitalarias palabras, pronunciadas por un mayordomo obsequioso, fueron acogidos Rouletabille y sus acompañantes.

—No reciben mejor a uno en las pensiones suizas—observó en voz alta el repórter.

—¡Con tal de que no encontremos a Marko el Valaco!—exclamó Vladimir, que durante todo el viaje no había cesado de pensar en aquel temible rival en malas noticias—. Si no nos ha seguido, es que nos ha ganado la mano. ¡Quizá esté mejor enterado que nosotros acerca de lo que venimos a hacer aquí!...

Aquello era una alusión directa a la discreción de Rouletabille, que aun no había informado de una manera bien precisa a sus acompañantes acerca de la empresa y de los peligros que les haría correr.

—El señor nos injuria comparando el *Castillo Negro* con una pensión de familia—continuó diciendo el mayordomo—. Aquí no recibimos más que a viajeros distin-

guidos; no hay que tomar nuestra casa por un figón... La hospitalidad de Kara bajá es célebre en muchas leguas a la redonda. Y tengo el encargo de advertir a los señores que mi ilustre amo tiene un verdadero placer en recibirlos.

—¿Nos esperaba?

—Según parece, los señores han sido anunciados por nuestro intendente, que les ha visto desde lejos...

—¿Dónde ha servido usted?...

—En el café Húngaro de Budapest.

—¿En el café Húngaro? ¡Yo también!—exclamó Modesto—. Es un café que cierra a las tres de la madrugada.

—Y ¿cómo fué el venir aquí?—preguntó Rouletabille.

—Kara Selim vino una noche al café, y me oyó hablar varias lenguas. El digno señor necesitaba un intérprete. Y me propuso tales condiciones que acepté seguirle como *drogman*... El empleo no es malo... no me quejo... Además de las propinas, tengo una participación en los beneficios... Si los señores quieren seguirme...

Los viajeros miraban un poco extrañados a aquel camarero vestido con larga librea llena de galones dorados, como las que llevan los servidores de los palacios, y que tranquilamente se daba un bombo ante media docena de individuos con facha bastante desagradable que estaban sentados en los bancos de piedra de aquel singular vestíbulo, cuyo techo en forma de bóveda unía las dos torres de entrada entre las cuales se encontraba la poterna. Aquellos aventureros, algo desarrapados, pero, eso sí, armados hasta los dientes, bebían *vaki* al mismo tiempo que jugaban a los dados. Y Vladimir atendía a las jugadas.

—¿Hace usted buenas migas con esta gente?—preguntó Rouletabille al mayordomo.

—¡Pse! No son malos, y además tienen lo que necesitan. Puede el señor hablar en voz todo lo alta que quiera porque no comprenden el francés. Yo soy de origen polaco, y me llamo Priski, para servir al señor. Nuestro intendente me ha dicho que me ponga a su entera disposición. No tienen los señores nada que temer. Su excelencia Kara Selim vive unos días felices. Está enamorado y se casa. ¡Habrán fiestas aquí! Para ellas ha invitado a todos los hidalgos de la comarca. Y unos forasteros como los señores no dejarán de ser bien recibidos en semejantes circunstancias.

—¿Siempre son bienvenidos los viajeros?—preguntó La Candeur haciendo a Rouletabille un guiño, con el cual quería dar a entender muchas cosas.

—Siempre, señor—respondió el otro con una sonrisita—. Pero les ruego que me sigan. He de enseñarles sus habitaciones.

—¿Están lejos?

—No, señor. En el hotel de los Extranjeros.

—¿En el hotel de los Extranjeros?

—Así llamamos al torreón. Les advierto a los señores que estarán como en su casa. ¡Vengan, vengan!

E hizo una señal a toda la caravana para que le siguiera.

Atravesaron, siempre bajo la lluvia, un inmenso deslunado, ocupado por soldados de Gaulow, es decir, por bribones muy alegres, la mayoría de los cuales tenía el tipo *pomak*. Reían, bebían y jugaban en tiendas que habían levantado en aquel patio, como si estuvieran en pleno *bled*. Otros se habían refugiado bajo los techados y barracones que se levantaban al pie de los muros que unían las torres. Acá y acullá, habían encendido hogueras en torno de las cuales gesticulaban siluetas demo-

níacas. En un rincón había una disputa de cuchillo en mano. Toda aquella parte del castillo estaba reservada a las más baja soldadesca, si puede darse tal nombre a semejante gentuza.

—¿Quiere guarecerse en mi paraguas?

El mayordomo llevaba, en efecto, un paraguas rojo, tan enorme como los que tienen los porteros de hotel, para cuando hace mal tiempo, ir a buscar a los viajeros al bajar del coche. Rouletabille, aunque luego de haber atravesado las «puertas de hierro» del Oriente, estaba acostumbrado a una de las mezclas más extrañas de barbarie y de civilización, no pudo reprimir una sonrisa al ver el paraguas rojo empuñado tan correctamente por aquel lacayo de librea, que servía a bandidos auténticos, para que llegase, sin mojarse mucho, al hotel de los Extranjeros, o sea al torreón...

Por cierto que al hotel de los Extranjeros era llevada toda la caravana: animales y personas...

—Ya verá el señor—decía Priski—cómo está igual que en su casa... Si necesita algo, no tiene más que pedírmelo... Además, casi puede decirse que estarán solos... Sólo tenemos, por ahora, a una honorable familia de Hamburgo, compuesta de padre, madre, dos hijas y un chiquillo de once años... Todavía permanecerán aquí ocho días, pero no se meten con nadie—añadió Priski, deteniéndose ante una poterna y sacando de su enorme bolsillo un llavero también enorme.

—¡Ja, ja!—exclamó Rouletabille como si bromeara—. ¡Parece que hayamos llegado a una prisión!

La Candeur se sobresaltó. No era muy aficionado a tales bromas.

—¿Qué es eso de prisión? No hay nada de eso. Pueden entrar y salir del torreón cuando quieran. Además,

tienen derecho o pasear por todos los patios del castillo y por el mismo castillo, excepto, como es natural, por el *selamlik* de Kara-Selim y por el harén.

—¿Y por fuera del castillo?—preguntó La Candeur.

—¡Para fuera del castillo—replicó Priski riendo—se necesita permiso!

—¡Comprendido!—dijo Rouletabille—. Ya estamos instalados en el mismo domicilio que la familia alemana.

—¿Quiere el señor que le dé un buen consejo?—le murmuró Priski—. No haga como la familia alemana, porque eso le traerá desgracia. Lo mejor es hacerse el ánimo, aceptar la suerte, ser razonable cuando a uno le presenten la cuenta y no rechazar como gente mal educada las invitaciones que no dejará de mandar Kara-Selim para su boda. Los alemanes se han enfadado... ¡Y al *bajá negro* no le gusta eso!... Hagan el favor de entrar, caballeros; no tengan miedo. Aquí tienen la llave: es de los señores... Cada viajero tiene su llave... Lo que les recomiendo es que no se olviden de cerrar la puerta, porque entre nosotros no sobra la seguridad. Entre los individuos con quienes nos hemos cruzado, los hay que han recibido mala educación y que no siempre tienen una delicadeza exagerada; por eso hemos recibido orden de cerrarlo todo con llave... Es lo más prudente... Así se evitan tentaciones, ¿verdad?

—¡Me parece usted, Priski, un hombre listo!... ¿Has oído, La Candeur? ¿Te tranquilizas ya?

—¿Qué, no estaba tranquilo el señor?—dijo Priski jocosamente.

—Es que—dijo Rouletabille—le habían contado historias de bandidos.

—Nunca faltan malas lenguas—terminó diciendo Priski en el mismo tono.

La Candeur estaba anonadado. No le cabía ninguna duda de que sus compañeros y él habían caído en mano de unos bandoleros. Y se puso a temblar, sin fuerzas para articular una palabra. Generalmente, no daba muestras de una excepcional valentía. Y tan sólo su amistad con Rouletabille substituía su valor. Muy fuerte hubo de ser ésta para que aceptara formar parte de una expedición semejante, que comenzaba de modo tan desventurado.

En cuanto a Rouletabille, parecía encantado. En el fondo, las cosas no se presentaban muy mal para él. Y además, para no juzgar que su aventura no era muy excepcional, le bastaba con recordar los casos similares ocurridos recientemente a viajeros del Epiro, así como la captura de algunos amigos a quienes había visto en Tánger y que se habían dejado sorprender por un bajá de los alrededores. Por otra parte, la montaña musulmana en que se encontraba tenía aún marcado carácter feudal, y en ella, cuando se topa con un bandido, se encuentra en él a un maravilloso señor, feroz cuando lo juzga necesario, pero muy amable si no le contrarian.

Nuestros viajeros se encontraban bajo una nueva bóveda practicada en el muro de ronda que separaba el torreón del resto del castillo. Aquel muro, llamado en términos de arquitectura medieval «camisa del torreón», cerraba una parte de patio circular, en cuyo centro se erguía el propio torreón. En el segundo piso de la enorme torre brillaba luz a través de una ventana.

—Es la familia alemana—dijo Priski señalando con el dedo el iluminado cristal—. Estarán a punto de comer. Se han negado a comer con Kara-Selim. Han hecho mal. Esta noche hay fiesta. Supongo que los señores no harán como los alemanes. ¡Los señores quedan invitados!...

—¡Aceptamos!—dijo Rouletabille.

—En tal caso aconsejo a los señores que no pierdan ni un minuto. ¡Tienen el tiempo justo para vestirse!

Y atravesó apresuradamente el patio, protegiendo a Rouletabille con el paraguas rojo.

Los muros del torreón se sumían en un foso. Y sobre ese foso se tendía un puente que Rouletabille, La Candeur y Vladimir atravesaron, mientras que Atanasio quedaba, con los demás criados, cuidando de los animales en el patizuelo, donde encontró un sitio para dejar la impedimenta, en un pórtico adosado a la «camisa».

El mayordomo ya había cerrado el paraguas. Al llegar a la sala de los guardias rascó un fósforo, con el cual encendió tres bujías, tomadas, según él, del «despacho del hotel».

Aquella sala de guardia, con sus gruesos pilares, sus bóvedas góticas, su atrio prodigioso, no hubiera dejado de excitar el entusiasmo de un amigo de los monumentos históricos si su aspecto no hubiese sido algo desvirtuado por la presencia de una tabla adosada al muro y en la cual habían pintado unos números, debajo de los cuales colgaban llaves. Cerca, sobre una mesita, habían alineado candelabros de cobre, que brillaban con incomparable resplandor.

—Parece que aquí reina la limpieza—hizo notar Vladimir, quien estaba muy contento desde que se enteró de que era prisionero de «unos bandidos».

—Yo mismo, caballero—replicó el mayordomo—, he frotado esos candelabros con «brillante brega».

Pero ya Priski se había sumido en el misterio de una escalera de caracol que subía al piso superior.

Los jóvenes expedicionarios le siguieron.

En el primer piso les enseñó Priski tres cuartos que se comunicaban entre sí.

—Esto—dijo—es lo mejor que de momento podemos ofrecerles.

—¡Admirable!—declaró Rouletabille examinando con no disimulada satisfacción el limpio mobiliario, comprado seguramente en algún bazar moderno; las camitas de campaña, las blanquísimas sábanas, las bonitas esterillas y los pequeños tocadores de aquellos tres formidables cuartos, cuyos muros tenían cinco metros de espesor y cuyas ventanas parecían troneras dispuestas a recibir cañones, o, cuando menos, falconetes.

—Procuramos, caballero, que los viajeros salgan de aquí contentos y que no tengan que hacernos reproches. Claro está que los señores no encontrarán en el hotel de los Extranjeros el lujo del Carlton de Londres o de París; pero hemos hecho lo posible para que no les falte lo que en Turquía se llama el *hirchnut*, es decir, el *confort*.

—¡Priski!... ¿Sería usted tan amable que le dijese a mi ayuda de cámara que suba mi cantina? ¡Voy a vestirme!

Pero ya Vladimir se había adelantado. Y los expedicionarios procedieron con cuidado a su aseo. Rouletabille se ponía el *smoking*. Mientras tanto, Priski encendía fuego en las chimeneas. Y ¡qué chimeneas! En ellas se hubiera podido quemar árboles.

—Lo único que temo—dijo Priski dejando de soplar las brasas—es que de día encuentren sus habitaciones algo sombrías. Pero tengan los señores un poquitín de paciencia. Esos alemanes, dentro de ocho días, como ya les he dicho, dejarán el sitio que ocupan. Y el segundo piso es más alegre, más claro, más ventilado. ¡Lamento que hayan llegado tan tarde!

—Sin embargo—insinuó Rouletabille—si los alemanes no han llegado a un arreglo en lo que usted decía hace poco...

—¡Ah! *Si no quieren pagar la cuenta...* ¡se irán de todas maneras!

—¿Sin pagar?—atrevióse a preguntar el tímido La Candeur con una sonrisa ligera, pero nerviosa.

—¡Sí, señor; sin pagar!... Compréndalo usted... ¡Aquí no se fuerza a nadie! Paga el que quiere.

—Entonces, ¿qué pasa?—se aventuró a preguntar aún.

—Que *el señor Djellah* viene a buscarles.

—Y ¿quién es *el señor Djellah*? ¿El cónsul de su país?

—No es su cónsul. ¡Es «el señor Verdugo»!

—¡Oh!—suspiró La Candeur aterrado.

—Por eso—continuó diciendo el admirable Priski—lo mejor, en el fondo, es llegar a un arreglo.

—¿Y si no se tiene dinero, señor mayordomo?—acabó por decir La Candeur, que ya encontraba a Priski menos ehusco de lo que se hubiera podido creer al principio.

—¿Si no se tiene dinero?—replicó Priski sonriendo y moviendo la cabeza con evidente escepticismo—. Al principio se dice eso; pero luego, a pesar de todo, se encuentra dinero.

—¡Tiene gracia! Pero no me negará que el poder pagar depende de lo que se pida—repuso La Candeur lúgubremente—. ¿Cobran caro ustedes?

—Siempre pedimos una cantidad que esté bien.

—¡Que esté bien! ¡Que esté bien!... ¡Lo que hace falta saber es qué se entiende por estar bien! ¿Cuánto piden por persona?

Pero Vladimir le hizo seña de que callara y tomó la palabra a su vez con aire inocente.

—No se trata de saber lo que nos cobrarán por persona. Los montañeses acostumbran a tratar en bloque; los ricos pagan por los pobres... Supongo que con diez mil francos... ¿eh?

Priski se echó a reír.

—¿Veinte mil?—continuó diciendo Vladimir.

Priski se encogió de hombros.

—¿Treinta mil?

Priski se sonó en un inmenso pañuelo, produciendo un estridente son de trompeta.

Entonces La Candeur se levantó con gran agitación y palidez, preguntando:

—¿No quedarían satisfechos incluyéndonos a todos por cuarenta mil francos?

—¿Se están burlando de mí los señores?—preguntó Priski sonriendo—. ¡No admitimos limosna! Nuestra norma es no conceder beligerancia a la gente por menos de cien mil francos... ¡No hay que olvidar que tenemos gastos!...

Priski habiendo dicho esto, saludó a los jóvenes, incitándoles a que terminaran pronto su arreglo. Cuando se marchó, Rouletabille dijo a La Candeur:

—¡Eres fantástico! ¿Qué te importa que no quieran dejarnos ir por cuarenta mil francos? Al fin y al cabo, no tengo más que algunos billetes.

—¡Yo preguntaba por saber!—contestó el otro evasivamente—. ¡Me parece que tengo derecho a preguntar!... ¡En buen lío nos hemos metido! ¡Vaya! ¡Sí que es una locura tuya el habernos traído aquí!

—¡Me descorazonas! ¡Nunca han sido tus quejas más molestas!—dijo Rouletabille—. ¡Procura vestirme pronto! Voy a dar una vueltecita.

—¿Adónde vas?

—Si te lo preguntan...

Pero salió sin acabar la frase. Cinco minutos después volvió con el rostro radiante.

—*All right!* ¡Esto marcha!...

—¿Sí?—replicó La Candeur.

—¿Vas a preguntarme algo más?

—Si pudiera saberse por qué hemos venido aquí...—gruñó con obstinación.

—La verdad es—declaró Vladimir—que quizá ya sea hora de decírnoslo.

—No veo ningún inconveniente—contestó Rouletabille.

Y, luego de encender su pipa, les confirmó que les había arrojado a aquella aventura con el propósito muy natural de hacerles realizar un reportaje único en el mundo y que, seguramente, haría morir de envidia y desesperación hasta a Marko el Valaco.

Al oír aquellas palabras, Vladimir no sintió ninguna satisfacción. Por su parte, La Candeur, más malhumorado que nunca, esperó que Rouletabille acabara de explicarse.

Y Rouletabille se colocó entre ellos para decirles en voz baja:

—¡Atención! Kara-Selim, el señor de este castillo, ha robado al general Vilitchkof los planos de la movilización búlgara, y yo he prometido al general Stanislawof que se los llevaría. ¿Qué me dicen de eso?

Vladimir declaró sencillamente, frotándose las manos de gusto:

—Para un ladrón, ladrón y medio. ¡Se procurará estar a su altura!

Rouletabille sonrió y se volvió hacia La Candeur, diciéndole:

—Y ¿qué opinas tú?

—Que no me importan ni tanto así los planos de la movilización búlgara, y que no estoy dispuesto a que por eso me corten el cuello... Para mí, los búlgaros y los

turcos vienen a ser lo mismo. ¡Ay, cuánto echo de menos mi manilla del café de Montmartre!

—¡Tampoco a mí me importan ni tanto así los planos de la movilización búlgara!—masculló Rouletabille mirando irónicamente a La Candeur—. Pero hay algo que ya me importa más que tanto así, dicho sea en tu lenguaje vulgarote.

—¡Más vale ser vulgarote que ser búlgaro!

—Pero ¿quieres oírme?... Lo que Kara-Selim ha robado al general Vilitchkof no son sólo documentos. ¡Le ha robado también la sobrina!

—¿La bella Ivana?—exclamó Vladimir.

—¡Ahora lo comprendo todo!—murmuró La Candeur con una sonrisa que partía los corazones—. ¡Por eso hemos salido tan pronto de Sofía! ¿La quieres todavía?

—¡Sí! ¡Y se casa mañana!

—¡Ah! ¡Qué suerte tienes!—suspiró La Candeur.

—¿Qué?

—Sí; tienes mucha suerte. ¡Cuando pienso que has estado en peligro de casarte con una búlgara!...

Rouletabille se puso muy colorado. Como adoraba a Ivana, se esforzó por hacer comprender al cabezón de La Candeur que hay búlgaros de muchas clases, y que tanto Ivana como el general Stanislawof eran sinceros amigos de Francia. Pero, por mucho que dijo, La Candeur continuó midiendo a los búlgaros y a los *pomaks* con el mismo rasero y maldiciendo en conjunto de todos aquellos países en que había que pagar para que los ladrones vigilasen a uno y para que a uno no le cortara la cabeza el señor Verdugo.

En aquel momento abrióse la puerta y reapareció el amable mayordomo.

—No le cortará la cabeza—anunció el excelente Priski.

—¿Cree usted?—preguntó La Candeur cesando de pronto en su desesperación—. ¿Cree usted que no me cortará la cabeza?

—¡No!—contestó Priski—. ¡Usa el procedimiento de empalar!

La Candeur empezó a gemir mientras Priski se entregaba a la risa.

—La cosa no tiene mucha gracia, ¿eh?—dijo Rouletabille, que también comenzaba a encontrar a Priski menos agradable.

—Lo tomo a risa, caballero, porque bien veo con quién trato—replicó Priski—. No se viaja como viajan los señores sin haber dejado en alguna parte algunos pequeños recursos... Los señores tienen parientes...

—Yo soy huérfano—dijo La Candeur.

—Amigos...

—¡Oh! ¡Si se fía uno de los amigos!...

—¡Señor mayordomo!—interrumpió Rouletabille—. Si alguien le ha encargado que nos interrogue para saber «si hay negocio», responda de nuestra parte a quienquiera que sea que somos unos pobres periodistas; pero que pertenecemos a un periódico tan próspero, que no retrocederá ante un razonable sacrificio, con tal de satisfacer al amo de usted.

—Eso ya me place. No es necesario más, por ahora.

—¿Cómo por ahora?

—La costumbre... Hoy nos enteramos de que el señor (señalaba a Rouletabille) es un pobre periodista. Mañana, el señor (señalaba a La Candeur) tendrá la bondad de confesarnos que es un caballero muy complaciente como ya se ve por las trazas.

—¿Yo?—exclamó La Candeur, furioso.

—Le advierto que no he dicho eso como un insulto.

Pero ahora, si los señores están a punto, voy a tener el honor de preceder a los señores.

Los tres jóvenes siguieron de nuevo a Priski, que les entretuvo un minuto en la escalera, para subir al piso de arriba.

No habían vuelto a ver a Atanasio Khetew; pero Rouletabille, fiel a su costumbre, dejaba que el búlgaro hiciera lo que quisiera, sin ocuparse de él. Por su parte, Atanasio no tenía ninguna simpatía hacia el repórter, que más de una vez había cometido delante de él la equivocación de no ocultar bastante el interés personal que tenía por Ivana.

—Voy a ver—había dicho Priski—cómo se halla *mi* familia alemana.

Estuvo fuera un minuto y volvió a bajar.

—¡Nada, nada!... ¡Están rabiosos!—murmuró—. He llamado, pero ni tan siquiera me han abierto. ¡Y a todas mis preguntas han respondido entonando el *Deutschland über alles!*

En aquel momento, y cuando los jóvenes desembocaban de nuevo en el patizuelo, se oyó una campanada.

—¿Es la campana del comedor?—preguntó Rouletabille.

—No, señor; la del puente levadizo. Es que vuelve nuestra gente...

Rouletabille y sus compañeros, efectivamente, presenciaron, casi en seguida, la invasión del patizuelo por un tropel fantástico de fangosos y chorreantes bandidos, que se echaban de sus animales profiriendo en tremendos juramentos, que ponían cual digan dueñas a Alah y a los demás dioses de la creación.

El amable Priski, que nunca dejaba decaer la conversación, dijo:

—¡Ea, caballeros! Si no hubieran sido sorprendidos por la tempestad, o si hubieran podido escapar al huracán, ¿creen que se hubiesen librado de esta gente?

—¿Qué gente es ésa?

—Son nuestros *zaptiés* (gendarmes). Tienen a su cargo la seguridad de nuestros caminos...

—Decididamente—declaró el repórter—estaba escrito que nos habíamos de conocer esta noche.

—Eso, caballero. *Kismet!* (1)...

Y les hizo pasar delante.

Pero un tremendo albanés, apoyado en su fusil, les cerró el paso y les dirigió unas palabras imperativas, en jerga que nadie, excepto Priski, podía comprender.

—Me había olvidado, caballeros—dijo Priski—, de presentarles a esta bellísima persona, que es el portero del torreón. Duerme en esta garita con el único fin de que si los señores necesitan algo por la noche, puedan echar mano de alguien. Por de pronto, pide a los señores que le enseñen el fondo de los bolsillos y que dejen en la garita las armas, si acaso llevan. El reglamento manda que nadie pasee armado por el castillo.

Rouletabille, al enterarse de aquel precepto reglamentario, no pudo contener una sonrisa, viendo las armas puestas al cinto de todos cuantos paseaban por el temible patizuelo; sin embargo, no opuso ninguna dificultad a entregar su revólver, una browning muy bonita, a la que tenía en mucha estima. Los otros dos hicieron lo mismo.

—No crean que han de despedirse de las armas, ¿eh?—puntualizó Priski—. Les serán devueltas cuando se vayan. Mañana por la mañana les visitará el *kiaiah*, nuestro intendente, para hacer el inventario de sus equipajes, y

(1) «¡Estaba escrito!»

para desembarazarles de todo ese modesto material de guerra que los viajeros acostumbran a llevar por este país. Todo eso no se hace hoy porque el *kiaiah* está muy ocupado. De todas maneras, aconsejo a los señores que no conserven encima ningún arma. ¡Hay pena de la vida!

—¡No tenga cuidado, no!—exclamó La Candeur—. Pero ¿ni tan siquiera podré conservar esto?

Y sacó una especie de cortaplumas provisto, aunque era pequeño, de todo lo necesario para mondarse los dientes, pulirse las uñas y descorchar botellas.

El enorme albanés examinó curiosamente el artefacto, sacó todas sus hojas y, finalmente, se lo guardó.

—¡Pero si es un cortaplumas de bolsillo!—exclamó el pobre La Candeur.

—Sin duda por eso—explicó Priski—se lo ha metido el albanés en el suyo...

El géometra más hábil hubiera experimentado bastante dificultad para establecer la planta de aquel amontonamiento de construcciones llamado la *Karakulé*. Como la parte alta de la roca tenía marcada inclinación de Sur a Norte, las construcciones trepaban unas sobre otras de manera que lo que por una parte era, por ejemplo, primer piso, estaba por detrás a ras del suelo.

Así es que todas las partes del recinto atravesadas por los jóvenes comunicaban entre sí por escaleras y bóvedas interminables. Pero también estaban separadas por muros almenados que hacían de cada una de aquellas construcciones un reducto o fortaleza que, llegado el caso, se tendría que tomar con independencia de los demás.

—¡Caballeros!—dijo Priski—. ¡Les dejo en manos de nuestro *kaimakan!* (1)

(1) Especie de «segundo del pachá».

CAPÍTULO IX

KARA-SELIM

DESDE que Priski les paseaba por aquellos muros inverosímiles, pensaba Rouletabille: «¿Dónde está Ivana?» Pero no se atrevía a preguntar a Priski el emplazamiento del harén. Al atravesar el patio del torreón no vió a Atanasio, que estaría ya husmeando por todas partes. Realmente, no tenían tiempo que perder. Era preciso que Ivana fuera salvada aquella misma noche, porque no cabía duda de que las bodas que iban a celebrarse eran las de Ivana.

Eso estaba pensando Rouletabille cuando Priski, el curioso mayordomo del bajá negro, le anunció el *kaimakan*.

Levantó la vista y hubo de retroceder.

En el personaje que les esperaba en el umbral de una galería iluminada por lámparas, acababa de reconocer a Stefo el Dálmata.

Si: era su corpachón destartelado; su rostro flaco con su larga nariz, sus penetrantes ojos grises y una barba que parecía copiada de la *Comunión de San Jerónimo*, si no fuera porque la de Stefo era de un negro de jade...